

COMENTARIO SOBRE EL LIBRO "ANIMALS, EMOTIONS AND MORALITY, MARKING THE BOUNDARY" DE B.A. DIXON (UNITED STATES, 2014)

María Isabel Aristizábal Bustamante, Estudiante del Máster en Derecho Animal y Sociedad, en la UAB

Autores como Konrad Lorenz y Niko Tinbergen, han dedicado grandes esfuerzos a estudiar el comportamiento de los animales de forma detallada, haciendo aportes importantes a la etología. Charles Darwin por su lado, se aproximó directamente al parentesco entre los animales y los seres humanos en lo que respecta específicamente a la emocionalidad. Como veremos más adelante en este comentario, Darwin es uno de los teóricos que B.A. Dixon toma como referencia para ampliar sus definiciones en este tema, haciendo notar las debilidades de la teoría y sugiriendo nuevos panoramas de comprensión.

Ahora bien, lo particular de B. A. Dixon es la forma en que se busca explicar con detalle el papel que cumple la moralidad en los procesos emocionales de ambos seres humanos y animales. Otros textos suyos anteriores como *The Moral Responsibility of Children and Animals* y *Animal Emotion, Ethics and the Environment*, ya le venían permitiendo dar cuenta de esta relación, y además dejan de manifiesto las diferentes perspectivas que la autora ha tomado en cuenta para ahondar en el campo de la emocionalidad y comportamiento de los animales.

En un mundo en el que hablar de los sentimientos de los animales ya resulta bastante controversial, B.A. Dixon habla de las similitudes entre la emoción y la moralidad de los seres humanos y los animales, con la profundidad y rigor que permite resolver las dudas que nos podamos plantear a este respecto. La autora toma como base a lo largo del libro 3 cuestiones principales con las que enlaza la discusión: la relación entre los humanos y los animales en lo que se refiere a lo emocional, la conexión entre las emociones de los animales y la moralidad, y la pregunta por la unicidad de los seres humanos como seres morales.

Partiendo de la base de que con frecuencia podemos identificar en los animales emociones simples como tristeza, amor o miedo, podríamos decir que

tenemos parentescos con ellos en la manera en que nos expresamos en determinadas situaciones. Sin embargo, pareciera que hay cierta complejidad en la forma en que los humanos mostramos esas emociones, y un claro ejemplo de esto es cómo en ocasiones éstas pueden tornarse indeseables, irracionales o fuera de control. De acuerdo con la autora, a diferencia de los humanos, la forma en que los animales experimentan la emocionalidad, esta intencionada y dirigida a esas cosas que para ellos tiene valor en sus vidas, bien sea por supervivencia o por compasión.

Es así como la autora expone que los animales tienen emociones que están dotadas de moralidad, puesto que cuando las emociones están conectadas a los valores, estas se vuelven moralmente significativas. La compasión es un ejemplo claro con el que se explica este argumento: los animales entienden las situaciones de otros y tratan de ofrecer ayuda y apoyo porque reconocen que lo que el otro está sintiendo o viviendo es desafortunado o indeseable, y esto es muestra de empatía. Se habla de emociones dotadas o cargadas de moralidad y no de moral en sí misma, porque sería apresurado asegurar que los animales tienen el mismo sentido de la moral (pensada desde lo que nos permiten hacer juicios sobre el bien y el mal) que nosotros.

¿Por otro lado, podríamos afirmar entonces que las semejanzas con los animales en cuanto a lo emocional están dadas por niveles de evolución? De ser así, estaríamos diciendo que si creemos que compartimos cierto estado mental con los animales, éste sólo se diferenciaría por el grado evolutivo en que se encuentra cada especie. Estas afirmaciones hacen referencia a la teoría de la Continuidad Evolutiva con la que Darwin trata de explicar la psicología de los animales, y que la autora toma como referente para buscar respuestas a sus preguntas, argumentando que esta se queda corta en el intento por comprender las semejanzas y diferencias que hay entre los animales y los seres humanos. En pocas palabras, hablar sólo del grado de parentesco, dejando de lado otras características o factores importantes a tener en cuenta como el tipo, nos alejan de una verdadera comprensión sobre la emocionalidad de los animales.

Uno de los aspectos que resulta muy interesante en la discusión que se sostiene a lo largo del libro, es la manera en que se hace notar que, aunque las teorías apuntan a que los animales tienen compasión porque se ven motivados a actuar cuando reconocen dolor o incomodidad en otros, es importante tener cuidado, puesto que cualquier afirmación a este respecto podría tratarse de interpretaciones lingüísticas que como humanos hacemos de la forma en que

se comportan los animales, basándonos en las historias que leemos y escuchamos sobre los mismos. Esto implica, que cualquier cosa que llamemos compasión, emocionalidad o empatía en animales, pueden estar más ligadas a nuestros contextos de significación que a lo que realmente puede sentir o pensar un animal.

En los primeros capítulos del libro, en los que se trata con profundidad la cuestión del parentesco que tienen los animales y los humanos en lo referente a lo emocional, la autora nos deja con la impresión de que es adecuado afirmar que los animales tienen emociones porque actúan de forma compasiva, aunque parezca tener poco sentido decir que tienen las competencias cognitivas necesarias para hacer juicios, o los contenidos intencionales suficientes para actuar con compasión. Desde mi punto de vista, analizar la compasión presente en las respuestas emocionales de los animales tomando como trasfondo la manera en que sucede en los seres humanos, deja ver el parentesco que hay entre ambos, pero impide conocer de fondo las razones y los mecanismos, puesto que el pensamiento y las formas de comunicación de los animales, significan un universo desconocido para nosotros.

Para la autora resulta más adecuado afirmar que los animales y los seres humanos, compartimos algunos estados emocionales que están dotados de moralidad. Como se mencionó anteriormente, el grado de similaridad resulta menos importante que el tipo para comprender esta afirmación, y en cambio resulta más útil ahondar en aspectos relacionados con la simpatía o la empatía presente en las acciones de los animales. Cuestiones como la intensión, disposición y motivación de los animales en determinadas situaciones, también son aspectos que se consideran como relevantes a la hora de hablar de las emociones cargadas de moralidad.

Cuando hablamos de las diferencias y semejanzas entre los seres humanos y los animales, a menudo nos encontramos con la idea de que los niños y los animales tienen afinidades, y que analizarlas podrían ayudarnos a comprender mejor la naturaleza de otras especies. La autora toma como base precisamente esta relación, argumentando la utilidad que podría tener para comprender mejor los parentescos que tenemos con los animales en lo referente a la moral. Uno de los aspectos que se considera importante para explicar esta relación, es la responsabilidad moral de las acciones de los niños y los animales; así pues, Dixon se pregunta: ¿podríamos atribuir a los animales y a los niños estados emocionales como la vergüenza, la culpa o la indignación?

Es usual que digamos que un animal es malvado porque rompió algo, o que un niño actuó con malicia al esconder un objeto que no debía esconder, pero esto no implica necesariamente los mismos procesos psicológicos en ambos casos. La autora hace un desarrollo muy interesante de esta idea al argumentar que solemos pensar que ambos niños y animales son "psicológicamente inferiores" o "moralmente subdesarrollados" y acabamos corrigiéndoles y tratándolos de la misma manera, sin tener en cuenta que "debido a que los animales carecen de las *competencias generales* para entender las razones morales en las que se apoyan sus obligaciones, y verse motivados a actuar por dichas razones morales, sería injusto o irracional sostener que un animal es moralmente responsable de sus acciones" (D.A. Dixon, 2014). Los animales por tanto, no son moralmente culpables a pesar de las acciones que calificamos en ellos como crueles o cobardes.

Otro aspecto importante que Dixon hace notar a este respecto, es que sí bien los animales actúan de forma voluntaria al igual que lo hacen los niños, una diferencia significativa es que los niños crecerán para convertirse en adultos y adaptarse a las prácticas normativas de la sociedad, y por tanto las correcciones que los adultos hacen de sus actos, están encaminadas a darles a conocer lo visto y valorado como correcto o incorrecto, permitiéndoles con el tiempo ir desarrollando una visión de la realidad basada en juicios que irán aumentando su capacidad de responsabilidad moral de sus actos. Los animales en cambio no se hacen adultos ni tienen por supervivencia, la necesidad de adaptarse a un mundo en el que actuar desde la moral y la ética sea realmente importante.

Pero esto no da pie para decir que los animales carecen de moralidad en sí misma. Como se ha notado en los párrafos anteriores, la autora adopta los conceptos adecuados para esclarecer la presencia de moralidad en los animales, argumentando que sí bien estos no deciden hacerle daño a su presa y matarla de forma deliberada cuando la cazan, y por tanto no podríamos hablar de la voluntad de la moral en estos casos, sí que podemos afirmar que se ven motivados a actuar cuando otro animal (y no necesariamente de su misma especie) se encuentra en peligro y necesita ayuda. Así pues, no podemos hablar de un parentesco en totalidad con los animales en este respecto, pero sí podemos hablar de las semejanzas y diferencias que nos ayudan a comprender la naturaleza de sus emociones y el papel que cumple la moral dentro de las mismas.

Por otro lado, no hay que dejar de lado la importancia que tienen para Dixon las historias o cuentos que existen sobre los animales. Para ella, en estas historias la imaginación y la fantasía son usadas para atribuir emociones a los animales que sin duda, han marcado nuestra forma de concebirlos como seres sintientes y emocionales. A lo largo del libro, la autora trae a colación historias sobre animales no sólo para tomarlas como base en el estudio sobre la emocionalidad y moralidad de los mismos, sino también, para advertir sobre el papel que estas pueden cumplir para hacer representaciones realistas sobre la psicología de los animales, y la importancia de identificar aquellos relatos que por el contrario podrían resultar fantasiosos y que darían aseveraciones erróneas o exageradas de los animales.

La autora argumenta que sí centramos nuestra atención en las contribuciones positivas y en la verdad literal que hay en las historias sobre las emociones de los animales para entender la mente de los mismos, nos permitiríamos ver a los animales con una imaginación, intensidad y simpatía más cercana y humana. Desde mi punto de vista, leer estas historias sobre animales y tener la oportunidad de ahondar mejor sobre las emociones y la moralidad de los animales en el libro de Dixon, despierta en el lector cierta simpatía y lo invita a poner sus juicios normativos alineados con sus reacciones emocionales para discernir en cuanto al trato que se considera justo, amable y respetuoso con los animales.

Al finalizar el libro, es claro para el lector que compartimos con los animales un parentesco en lo relacionado a la moral, pero que aun así, debemos dudar que estos sean seres morales como lo somos nosotros. Esto se debe a la presencia de prácticas en nuestra sociedad que implican acciones basadas en la moral cargadas de una mayor complejidad, y de las que los animales no participan. Ahora bien, considero que uno de los aspectos más importantes a resaltar de la forma en que la autora lleva el hilo de conversación en el libro, es que le deja siempre claro al lector que al marcar las diferencias y semejanzas entre humanos y animales, su pretensión no es posicionar al ser humano en un nivel de superioridad, sino buscar las herramientas para conocer a más profundidad los seres sintientes con los que compartimos el planeta.

Aquello por lo que somos diferentes nos permite comprender que a pesar de ser tan distintos, el sólo hecho de reconocernos como seres sintientes nos pone en la posición de merecedores del reconocimiento de nuestros derechos, sin importar la cantidad de extremidades, el color del pelaje, las respuestas emocionales, o la moralidad implícita de nuestras acciones. Por otro lado,

considero que este ejercicio de ahondar en las semejanzas que tenemos con los animales, también permite que nos reconozcamos a nosotros mismos como animales, tratando de dejar a un lado la barrera que hemos puesto en medio en el intento por considerarnos como seres superiores.

Hablar entonces de las semejanzas y las diferencias entre los animales y nosotros, no es una tarea que resulte fácil por las consecuencias negativas que pueden traer sus interpretaciones, sin embargo, es un ejercicio necesario si tenemos en cuenta nuestro deseo de reconocer a los animales no sólo como seres sintientes, sino también como merecedores del reconocimiento de sus derechos. La autora hace notar esta importancia a lo largo del libro y es muy cuidadosa de hacer ver al lector que el estudio sobre el parentesco de los seres humanos y los animales en lo referente a la moralidad y las emociones, no debería contribuir a situar a los animales en una posición de inferioridad, sino que por el contrario debe permitir que nos planteemos más preguntas acerca de las acciones que debemos llevar a cabo para construir un mundo diferente para los mismos.

Por tanto, este libro resulta interesante y útil para todo aquel que se pregunte por lo que hay más allá en las acciones de los animales, para todo quien haya sentido alguna vez que además de un par de ojos, tiene semejanzas con otros animales no humanos porque en muchas situaciones habría expresado sus emociones de la misma manera. Académicamente, es un texto que por su amplio análisis filosófico representa un avance para la ciencia en la comprensión del comportamiento animal, pero que además deja abiertas muchas cuestiones para continuar en el estudio de aspectos que resultan aún incomprensibles para el ser humano, incluso en especies tan cercanas a la nuestra como los primates.

Por último, considero que continuar la exploración en este tema es un aprendizaje para el ser humano en un sentido más profundo. Hemos perdido espontaneidad en nuestros actos por lo ligados que están estos a los juicios de la sociedad, la moral y la ética. Los animales conservan ese instinto que les permite actuar de forma genuina y expresar sus emociones de una manera transparente. Hay mucho que hemos perdido en la forma en que nos expresamos como sociedad, no sólo en lo individual sino también en lo colectivo, y que podríamos resignificar si repensamos nuestra relación con los animales.